



XV.

Reconocimiento de una casa finlandesa desde los cimientos hasta el tejado.

LA Arquitectura finlandesa ofrece todas las gradaciones de la gama arquitectónica: desde el palacio suntuoso hasta la cabaña miserable, donde se alberga el lapón, nómada, acompañado de sus amigos inseparables, los renos. Hay, sin embargo, una construcción típica; la casa de madera o *træhus*, que es la más barata, la más caliente, la que exige menos tiempo para su edificación... y la que arde con más facilidad. En Finlandia hay incendios históricos, en los que una ciudad entera ha desaparecido como por ensalmo. Para evitar esta terrible contingencia se han impuesto restricciones prudentes: que las casas estén a distancia las unas de las otras, o que no tengan más que un cuerpo de alzada; pero en las ciudades grandes en que el terreno cuesta caro, el espíritu mercantil ha saltado por encima de las tradiciones e implantado la casa de pisos. Helsingfors, por ejemplo, es una ciudad sin carácter; sólo tiene un barrio llamado «Brunnsparken», donde se puede vivir racionalmente, según

lo exige la naturaleza del país. El Brunnsparken es un grupo de casas diseminadas, sin orden, en un bosque junto al mar. Aquí es donde yo vivo; el bosque, aunque está muerto, me recuerda la Alhambra, el mar helado me hace pensar en nuestra Vega; mi balcón que da al mar, viene a ser el balcón del Paraíso. Después de nuestros cármenes, no hay nada que me guste tanto en Europa como estas quintas o «villor» de Finlandia.

Las casas a la antigua tienen patio o «gard», que no es un patio interior, sino un zaguán abierto, al que dan las puertas de las diferentes habitaciones, como en las casas de vecinos; otras veces las casas están aisladas dentro de una cerca y rodeadas por un jardín o «traegard»; sólo las casas de pisos se ven privadas de estos desahogos; el patio o corral se ha transformado—no se crea que en portería como en España; aquí estrujan más el limón—en no muy amplia «ante escalera», donde, en un cuadro muy curioso, están estampados los nombres de los inquilinos juntamente con el número de «trappor upp» o «escaleras arriba» que hay que ascender para visitarlos.

Para construir una casa de madera (pues de las de piedra o ladrillo no hay que hablar), se saca un cimiento de material hasta un metro y medio de altura, sobre el cimiento se coloca un marco de madera; bien ajustado con travesaños; este marco representa el plano del edificio, en sección horizontal; después no hay más que subir clavando tabicones sobre tabicones y retapando las rendijas con estopa. La armazón del tejado lleva siempre

una cubierta metálica. Apenas construido el armatoste de madera y empapelado interiormente, se puede habitar en él; pero aún no está la casa terminada, se deja pasar un año para que la madera se enjugue y se asiente y después se la forra por fuera con una tela impermeable o fieltro (felt) y con una tablazón pulimentada y a veces artística; se pinta la fachada, se repasa el empapelado interior y la casa queda concluida, perfecta.

Estos detalles que doy aquí y otros que daré son inútiles, porque nosotros tenemos una Sierra, donde en invierno se podría vivir como en Finlandia y disfrutar de lo bueno y de lo malo que dan de sí los climas glaciales. Mi buen amigo Diego Marín ha tenido la idea de crear en Sierra Nevada una «Suiza Andaluza»; la idea es feliz; pero si los edificios que se construyan son puramente veraniegos, tendrán una aplicación tan fugaz, que acaso no rindan lo bastante para sostener el entusiasmo del capital, que es de suyo muy propenso a desalentarse. La construcción a estilo finlandés nos reservaría de plano el problema, pues por su doble uso nos permitiría tener durante el invierno una «Finlandia andaluza», en nuestra Sierra incompatible e inagotable, y nos convertiría en una especie de compendio del globo terráqueo. He aquí un cosmopolitismo que a mí me gusta más que el vacío y declamatorio de los «dilettantis», del derecho internacional.

Lo primero que choca al entrar en una casa de aquí, es que las puertas no tienen cerrojos, ni candados, ni a veces cerradura. Mi puerta tiene un

sencillo picaporte y muchas noches queda entornada. El respeto a la propiedad ajena está profundamente arraigado. Se dirá que no teniendo nadie dinero en casa, no hay peligro de que se lo lleven los ladrones; esto es cierto; pero también lo es que cuando se quiere robar, se roba lo primero que cae a mano.

Con sólo franquear la puerta de entrada, se puede hacer un buen agosto, desbalijando el «tambur» o recibimiento, donde se deja toda la ropa de abrigo y los chanclos, sombreros, paraguas, etcétera, es decir, cuanto constituyè la segunda vestimenta que hay que echarse encima para salir a la calle. Si se hacen diez visitas en un día, diez veces hay que repetir la operación de quitarse y ponerse todos los accesorios en la que a veces se va más tiempo que en la visita misma. En los edificios públicos, cuando hay aglomeración de gente, un tambur o vestuario es un pandemonium. En algunas ocasiones no hay más que soltar cada uno sus prendas donde puede, y tener confianza en que las hallará al salir.

Cuando hay mozos encargados de este servicio tienen tal práctica, que sin necesidad de chapitas numeradas, por una asociación rápida y segura de impresiones, apenas le ven a uno aparecer en la puerta de salida, se dirigen sin vacilar al sitio donde colocaron los objetos, recogidos a la entrada, y los presentan antes de que se los pidan. Dad a uno de estos modestísimos empleados un chanclo o gorro y al minuto os reconstruye el ser humano, a quien pertenecen, con el mismo aplomo con

que Cubier reconstruía por un hueso todo un animal.

Dejemos el tambur, y sigamos adelante. Sea cual fuere la distribución de las casas, todas tienen cierta analogía en lo esencial. Las habitaciones son las más precisas, pues una habitación inútil sería un capital perdido y una boca más a la que habría que aplacar con combustible. Tanto habitaciones como pasillos, si los hay, y por de contado el «bradum» o cuarto de baño, (tan usual como la cocina, o «koek» y la alcoba o «sofrum») tiene sus estufas correspondientes, altas hasta el techo y construídas con ladrillo especial, que conserva el calor y lo suelta poco a poco. Con cuatro o seis trozos de leña, que se consumen por la mañana en breves minutos, queda la habitación templada para todo el día, cuando los fríos no son excepcionales. La temperatura es casi igual por toda una casa; por no tener habitaciones frías, las despensas suelen estar como las leñeras, en el sótano o «kaellaren». Pero a pesar de tan buen sistema de calefacción, no se conseguiría vencer el frío en toda línea, sin el auxilio de los dobles cristales en las ventanas, del algodón con que se rellenan las rendijas de los marcos de ambos cristales, y del papel engomado con que se tapan por dentro las junturas de las ventanas, hasta incomunicar en absoluto el interior y el exterior. Sólo quedan en ejercicio unos respiraderos o ventanillos que sirven para renovar el aire cuando no hay manera de respirarlo. La impureza del aire, por cierto, es el argumento de que se sirven las muje-

res para justificar la necesidad de salir cuatro o seis veces al día, aunque casi siempre se aparamentarse en otros lugares tan mal ventilados como sus propias casas.

Yo entiendo que la afición a callejear proviene de la diferencia entre las temperaturas interior y exterior, la cual llega a ser hasta de 50 grados. Cuando la temperatura es igual, lo mismo da estar dentro que fuera; pero si es diferente, el deseo de cambiar, obra como impulsor; cuando se está fuera gusta meterse dentro del primer sitio que se encuentra al paso. Yo he experimentado en mí mismo esta rara particularidad, este fenómeno, que no sé en qué ramo de la ciencia deberá catalogarse.

Estos invernaderos se convierten en casas de verano en pocos minutos. Se desclavan y quitan las ventanas interiores y se abren las que caen a fuera, para disfrutar la frescura de la brisa del mar; se ponen toldos en los balcones; y mesas y sillas en los jardines para comer al aire libre, bajo los árboles. Después de los banquetes, las jóvenes cantan en coro canciones impregnadas de esa alegría suave, que sumerge el espíritu en meditaciones vagas; o bien se embarcan en tropel en algún barquichuelo, y remando y cantando, se alejan hacia los islotes desiertos, de que están sembrados estos mares.

Pero no adelantemos los sucesos; esto ocurre en el verano, allá en Junio o Julio, y ahora estamos en Febrero y vivimos encristalados y empapelados. Dichosa tierra que durante meses y meses trata a sus hijos como plantas exóticas. Cuando se

piensa en los artificios de esta vida de estufa y en algunos detalles que pecan al contrario por exceso de sencillez como las camas, estrechas, duras como guijarros, se quitan las ganas de escribir; mucho más si se posee, como yo poseo, la ineptitud descriptiva que hasta mis mejores amigos me reconocen. Por fortuna ya falta poco; conocemos el sótano y las piezas habitables; nos queda el camaranchón o «vind» que sólo sirve para tender la ropa en invierno y para guardar trastos viejos (y hasta los nuevos cuando llega el 1.º de Junio y se deja una casa sin tener otra en que instalarse); y por el «vind» subimos al tejado, «taket», donde hallamos aún algo interesante. Si subimos en día de fiesta nos asustará el número de banderas o trapos de vivos colores que ondean sobre los tejados de la ciudad; se puede decir que aquí padecen de un delirio nuevo o no estudiado aún, el delirio banderil.

Y en cualquier día del año nos gustará ver la red telefónica, a trechos tan espesa como tela de cedazo; y más que estos alambres nos agrada ver las bandadas de palomas que viven en la ciudad, jibres y al mismo tiempo domesticadas, correteándolo todo como perros sin amo. Cualquiera puede cogerlas; pero nadie las coge; forman parte del ornato público juntamente con sus amiguitos los gorriones.

A eso del medio día, cuando el «Salutorget» o plaza del mercado se ve libre de su habitual y abigarrada concurrencia, en la que los pescadores se codean con los campesinos, éstos con los comer-

ciantes de la ciudad, y todos con una clientela en que figuran todas las clases sociales, miles de palomas acuden a limpiar la plaza en competencia con los barrenderos; el resto del día corren desperdigadas por las calles y cuando se cansan, se suben a reposar en los tejados.

No hay nadie que sea capaz de hacer daño a una paloma, ni a ningún animal; y si lo hubiera no faltaría quien lo metiera en cintura.

Hay protectoras de animales, y algunas no se contentan con protegerlos, sino que tienen con ellos atenciones delicadas; yo conozco a una señora que pone a su puerta una vasija con agua y con un letrero que dice: «Vatter foer hundar», agua para los perros.—Como quiera que los perros no saben leer me parece que el aviso estará allí para que no se beban el agua las personas.



XVI.

Donde el corresponsal, auxiliado por su erriada,
satisface la curiosidad
de una curiosa cocinera granadina.

BIEN dice el refrán: unos crían la fama y otros cardan la lana. El cardador de lana soy yo, que sin darme aires de defensor del «feminismo», sin pedir instrucción para el sexo débil, he saltado por encima de las conveniencias sociales y he abierto cátedra en un periódico, para tener discípulos de ambos sexos.

Yo pienso que si la montaña no viene hacia nosotros, debemos nosotros ir hacia la montaña; que en vez de ir buscando una a una para suministrarles el alimento espiritual, en la misma forma que se les llena el buchecito a los pavipollos enfermos, lo que se debe de hacer es arrojar la semilla para que quien quiera la recoja.

No estoy disgustado de mi método. Hasta ahora mi mejor discípulo es precisamente un discípulo con enaguas; son muchos los que le superan en capacidad; pero él los supera a todos por el interés con que sigue el curso de mis explicaciones. La

alumna a que me refiero se me ha dado a conocer no há mucho por medio de una carta original y graciosa, que bastaría y sobraría para indemnizarme del tiempo perdido en escribir mis lecciones, si yo no estuviera ya suficientemente indemnizado con el gusto que recibo al perder el tiempo, sólo por perderlo.

Cuando recibí la carta y ví que no se había extraviado, a pesar de traer las señas muy mal puestas, me figuré que sería algún mensaje fastidioso; los mensajes de este género llegan a su destino aunque se deje el sobre en blanco. Luego hice un ligero análisis grafológico y saqué en limpio que la carta era de mujer; bastaba ver la D, irregular, abultada, como si estuviera en estado interesante. Y no sólo de mujer, sino de una mujer excesivamente curiosa y hábil para los trabajos de cocina. Este último rasgo no era en realidad grafológico, pues lo induje de varias manchas del sobre, que daban a entender que los avíos de escribir habían estado cerca de la alcuza y del especiero.

Abierta la carta ví que efectivamente estaba escrita por una cocinera, lectora asidua de *El Defensor*, desde que empezó la guerra de Cuba. Aunque el interés principal de mi comunicante se concentra en las noticias y en los telegramas, para ver si en ellos aparece el nombre de un su sobrino que allá está peleando contra los rebeldes, no deja de dar un vistazo a todo el periódico y ha llevado su buena voluntad hasta hincar el diente a mis *Cartas*. «A decir verdad—escribe la honrada cocinera—yo no entiendo muchas de las cosas que usted

escribe. Mi ama que es una señora muy leída, es la que me las aclara; y ayer me explicó que lo que principalmente quiere V. dar a entender es que las mujeres deben de estarse en la cocina y no mezclarse en lo que no entienden». Y a continuación, encadenando las ideas con más lógica que un Aristóteles, quizás creyendo que yo soy una especie de Brillat-Savarin, ya que doy a la mujer como única misión la de guisar, me pide que la ponga al corriente del estado culinario de Finlandia y le envíe, si es posible, recetas de algunos guisos, para contestar a su señora, de la que me dice en secreto que es una vieja tan empalagosa como sabia.

No creo necesario advertir que la susodicha vieja me ha levantado un falso testimonio. No sólo no pido yo que las mujeres se estén en la cocina, sino que al contrario, pido que las cocineras se instruyan y aplaudo el arranque de la que a mí me ha escrito, la cual es seguramente la primera que en España se ha gastado 15 céntimos por amor al arte culinario. La gracia hubiera sido completa si se hubiera gastado los 25 céntimos que exigía el franqueo de la carta; pero no es extraño que una pobre mujer se equivoque, cuando amigos míos abogados se equivocan también y me obligan a pagar 20 céntimos por cada carta que me escriben. Y cito el hecho, no por los 20 céntimos, sino porque pone de relieve lo incomunicados y arrinconados que vivimos en España; que la mayoría de los españoles no sabe siquiera franquear una carta para el extranjero.

Desgraciadamente no es Finlandia el país más apropósito para sacar de él elementos con que regenerar la cocina española. El admirable buen sentido de los finlandeses no ha podido contravenir el orden de la naturaleza, según el cual aquí no se crían las cosas más indispensables para la vida y particularmente para la vida de un español. No hay garbanzos, más aún: no se tiene idea de lo que es un garbanzo. El aceite es artículo de lujo; una botella cuesta seis marcos. El vinagre o «aettilka» es un ácido, cuyo uso exige o poco menos el manejo del cuenta-gotas. El vino, como artículo extranjero, en gran parte español, cuesta carísimo. Las frutas vienen medio verdes y son como el chocolate del ventero: caras pero malas. Una naranja 25 o 30 céntimos. Tocante a legumbres, la mayor parte del año hay que vivir de conservas. En materia de condimentos se vive en anarquía. Es un problema, por ejemplo, hallar un ajo.

Cierto día, leyendo el *Quijote*, llegué al capítulo de los segundos consejos, dado por el genial hidalgo al flamante gobernador de la insula Barataria; y lo mismo fué leer aquello de «no comas ajos ni cebollas para que no saquen por el olor tu villanería», que sentir grandes ganas de comer ajos o por lo menos de olerlos. Sin duda los españoles tenemos en el cuerpo el espíritu de rebeldía, cuando tan espontáneamente nos insubordinamos contra las prohibiciones más sensatas. Varios meses transcurrieron, sin embargo, sin que mi rebelión pudiese tomar cuerpo; no veía ajos por nin-

guna parte, ni hallaba medio de hacerme comprender. Por fin tuve la fortuna de hablar con una señora alemana, partidaria del ajo, y supe que en Finlandia este picante producto se vende en las boticas y que tiene el mismo nombre que las cebollas, reforzado con el calificativo «blanca». La cebolla es «loek» y el ajo es «hvitloek», cebolla blanca.—Dije, pues, a mi criada:—Karolina, haga usted el favor de ir a la botica y comprar «ett hvitloeksbufvud» (una cabeza de ajos).—Mi criada volvió a poco con la preciosa adquisición.—15 céntimos me ha costado, pero los vale; me dijo —mire usted que gorda es, y que además tiene tres hijuelos.—Aunque costara 15 marcos, los daría por bien empleados, contesté yo.—Esto es muy bueno para el pecho observó mi criada...—pero no sabía que estuviese usted malo.—No es que esté malo; ni que tome eso por medicina. En España los ajos se emplean en muchos guisos excelentes y hay también quien los come fritos y le saben a gloria.—Mi criada se me quedó mirando, boquiabierta, como asustada. Ella no sabe historia, que a saberla tengo la seguridad de que hubiera dicho como al final de los sainetes:—Ahora lo comprendo todo. Ahora me explico por qué los españoles se pasan la vida tirándose los trastos a la cabeza.

Algún hada benéfica me inspiró sin duda el pensamiento de nombrar auxiliar o pasante a mi criada, pues sin ésta no sé cómo me las compondría para salir del atolladero en que mi paisana me ha metido. Soy extremadamente torpe en asuntos de cocina, porque no le doy importancia al acto, para

otros tan importante, de comer; me conformo con cualquier cosa y detesto los platos complicados, encubridores de secretos peligrosos. Si yo fuera gastrónomo sufriría viendo el desorden culinario en que aquí se vive; en cuanto salen de la cocina francesa o afrancesada o universal, puesto que en todas partes priva, caen en el salvajismo gastronómico.

Recordando el predicamento de que gozan ahí las ensaladas, he pedido una fórmula de ensalada finlandesa pura, y mi auxiliar ha hecho la siguiente combinación: ensalada de lechuga (que por cierto es más amarga que las tueras) picada muy gruesa; manteca derretida; vinagre; mostaza y azúcar en gran cantidad. Yo no me he atrevido a probar la horripilante amalgama; sería necesario forrarse antes con piel de oso el aparato digestivo. Esta cocina es demasiado fuerte para nuestros estómagos.

Lo que se adquiere a más bajo precio es la carne (koett). Hay carne de vaca desde 70 céntimos el kilo, a 90 la mejor. Una gallina, un marco, o peseta. De diversos puntos de Rusia envían pollos, conservados en hielo, más duros que balas de cañón. La mantequilla del país es excelente y la manteca de cerdo o «flott» se vende barata. La carne de cerdo tiene gran aceptación por lo mucho que llena y calienta. El pescado es endeble y soso; el que hace el gasto popular, al modo que en España la sardina, es el «stroeming». La leche (mjolk) es quizás lo mejor del país y cuesta a 15 o 20 céntimos litro; la crema o graedda la venden

separadamente para el café. El pan es también muy barato y en todas las mesas los hay de tres clases; de trigo, a imitación del francés o del de Viena; de centeno muy bien elaborado; y una especie de torta oscura, delgada y dura como una piedra. Lo más caro y a veces imposible de encontrar son los vegetales; sólo abundan las patatas, que son muy buenas y que se venden por litros, como las manzanas y otros artículos análogos.

Con todos estos materiales bien se podría, creo yo, hacer algo de provecho, si hubiera finura en los paladares; pero las mejores intenciones quedan anuladas por el empleo exagerado de los condimentos fuertes y de las salsas inoportunas. Si Churriguera se hubiera dedicado a la cocina (con lo cual la Arquitectura no hubiera perdido gran cosa), hubiera sido un gran cocinero al uso finlandés.

La única creación original de estos guisaderos del Norte es el «smoergasbord»; literalmente: «mesa de cosas de manteca»; o más claro, colección de entremeses útiles para abrir el apetito y a veces también para cerrarlo. En el «smoergasbord» figuran diversos embutidos y carnes saladas, pescados en conserva, ensaladas, legumbres con varios aliños, amén de la manteca dominadora y triunfante, cuyo papel es el de auxiliar de la deglución. Una comida comienza siempre por el «smoergas»; señoras y caballeros van a la mesa consabida y, de pie, picotean en todos aquellos platos hasta que se sienten ya bien templados, acordes, para dar principio al concierto gastronómico; entonces se sientan a sus mesas respectivas, donde se les

sirve la sopa y demás platos del «menú» (o minuta, para no disgustar a los buenos patriotas).

Pero no paran aquí los servicios del «smoergas»; fuera de las horas de comida sirve como «tente en pie». En muchos lugares de reunión nocturna funciona continuamente la mesa de las chucherías y todo el que quiere reparar sus fuerzas puede acercarse y comer lo que se le antoje, mediante un tanto fijo: tres o cuatro reales. En las casas particulares es muy útil, porque existe la costumbre de dar de comer a los que van de visita; de vez en cuando circula la bandeja con el té hirviente y los bizcochos y cuando la hora avanza y el té no produce ya efecto, se pasa al comedor y cada cual se atraca de lo que más le gusta. En las estaciones de ferrocarriles también nos encontramos la mesa mágica, llega uno, coge un plato y lo llena a su satisfacción. Hay quien mezcla una tajada de carne, un alón de pollo, compota, un pastel y pepinillos en vinagre. Todo por un marco y sin perjuicio de reventar si vienen mal dadas; pero no haya cuidado, no revienta nadie. Cada país es heroico a su manera y Finlandia tiene acaparado el heroísmo más provechoso, el heroísmo estomacal.

La cocina finlandesa es un teatro por horas; no hay en ella ninguna obra enérgica y contundente como nuestro cocido; todo se vuelve piezas en un acto, tontas o insustanciales, que comienzan por distraer y concluyen por estragar el gusto y estropear el estómago de quien no está hecho a estos belenes.



XVII.

Cómo se divierten los finlandeses: diversiones populares

TODOS los pueblos tienen necesidad de divertirse y todos se divierten; pero el modo de realizar esta importante función es muy diverso. La vida material nos obliga a asimilarnos elementos materiales; y la vida espiritual nos fuerza a recoger impresiones que son buenas o malas, agradables o desagradables, según nos coge el cuerpo. Una planicie inmensa, nevada, dicen los estéticos que es un ejemplo de lo sublime estático; una tempestad de nieve será ejemplo de lo sublime dinámico. Pues bien, yo vivo en medio de lo sublime estático, y han descargado sobre mí varias sublimidades dinámicas, que me han puesto hecho una sopa, y pienso que los estéticos llevan razón donde no nieva o nieva poco; aquí se equivocan, porque el empacho de nieve quita las ganas de emocionarse y engendra un cansancio, un aburrimiento, que no tienen nada que ver con la sublimidad. Lo mismo ocurre con lo bello, con lo gracioso, con lo ridículo, con lo cómico, con lo jocoso, con lo burlesco y con lo humorístico. Nada de eso existe en la

realidad; todo está en nosotros. En Madrid cerraba yo mi balcón para no oír los organillos y la criada, «la chica», los oía con delectación; aquí mi criada no les hace caso; yo soy quien paga y escucha. Mis ideas sobre los organillos no han cambiado; pero han cambiado mis impresiones; y yo doy más importancia a mis impresiones que a mis ideas.

Cuando algún observador superficial, pues, venga a Finlandia y note que el pueblo no se divierte, no se lleve de ligero, pues más tarde tendría que rectificar. Este pueblo se divierte, sin duda alguna, porque tiene necesidad absoluta de hacerlo; si el observador no se entera de cómo y de cuándo esto ocurre es porque no observa con la profundidad correspondiente a estas latitudes. Yo fui una vez a un baile popular, «un baile de criadas y de horteras», y contra mi costumbre, fui con un acompañante. El baile estaba amenizado con intermedios cómicos, mimos y payasadas, los cuales me hicieron recordar las estupideces de nuestros «jugueteros» clásicos. No he olvidado aún cierto juego granadino al que sus autores llamaban «Construcción de la Giralda»: salían dos maestros de obras, embozados en sendas capas, a reconocer el terreno que dejaban libre los circunstantes sentados a la redonda en la sala (que era de las de candil en viga); uno de los maestros, despojándose de su capa, procedía acto continuo a la medición y remedición del solar; y el «quid» del juego estaba (muchos lectores deben saberlo) en que el medidor lleva colgado por detrás uno de

esos malaventurados recipientes, que las personas cultas han convenido en llamar vasos de noche; y esgrimiéndolo habilmente, ponía a la concurrencia en el trance más apurado del mundo, y la obligaba por último a despejar la habitación, y a ceder gratuitamente el terreno, para que los constructores pudieran extenderse a sus anchas. Algo semejante a esto en fuerza y finura espiritual fué lo que yo ví en el baile finlandés: un barbero que enjabona a sus clientes con un escobón de rama; un caballero que hace beber agua a su señora en una pileta, y mil payasadas por el estilo, sin olvidar a un orador político y satírico, perteneciente a la edad de piedra del arte oratorio. Cuando este tribuno de la plebe estaba más engolfado en su peroración, mi acompañante me dijo que por él no había inconveniente para marcharnos.—Deje usted todavía un momento: esto me gusta—le contesté yo.—Yo he hecho la indicación—me replicó—porque viendo que tenía V. las espaldas vueltas al escenario, me figuré que estaría V. aburrido.—Es porque para mí el espectáculo está en la cara de los espectadores,—agregué yo.—El orador ese, ya he visto desde el comienzo que es uno de los hombres más desgraciados o sin gracia que hay en nuestro Continente; pero lo que me entusiasma es la risa inmotivada e injustificada de los concurrentes; esa facultad preciosa de reír porque les da la gana, quizás porque al comprar el billete se propusieran reír y están decididos a reír aunque no salga nadie a la escena.

Lo que se dice de este baile entiéndase de todos

los demás. En un baile de máscaras no se va a dar broma; se va a comer y a beber... con difraz.

En Carnaval la gente se divierte mucho. ¿Cómo? A mí me dijo una señora: No deje V. de ir hoy a la Esplanada (la «Esplanadgatan» es como si dijéramos, la Carrera, el paseo central de la ciudad); verá usted qué bonito está aquello. Dí una vuelta por allí y estuve atascado un buen rato, mientras pasaban unas carretas a modo de cantareros, dentro de las que iban metidos muchos hombres a modo de cántaros. Pasé adelante y no ví más; como que lo que había que ver era lo que yo había visto. Aquí no se permiten máscaras por la calle y la juventud, que es fácil de contentar, se contenta con vestirse como los demás días, a condición de que les dejen desfilar dentro de unas cuantas carretas, ante los ojos «atónitos» de la muchedumbre, la cual es más fácil de contentar aún, pues se contenta con el tacto de codos. Debe notarse que aquí cierran los establecimientos los días festivos y que en particular las tabernas se cierran a diario a las seis de la tarde, y no se abren los días festivos o en que hay aglomeración de gente; todo esto por mandato expreso de la ley, para evitar que la gente se ponga alegre, y sin embargo la gente, aunque no beba, ni fume, ni coma, se alegra, sólo de mirarse y de ver ondear en calles y tejados vistosas y juguetonas banderas.

Si el gobierno finlandés quisiera hacer felices por completo a sus gobernados, no tendría que calentarse mucho los cascós; no tendría más que

dejar libre la venta de bebidas alcohólicas. Con sus restricciones tiene cortados los vuelos a estas gentes pacíficas, que no piden otra cosa que trabajar durante el día y olvidar sus penalidades durante la noche, con auxilio de alguna bebida fuerte que se suba pronto a la cabeza. Con el sistema actual no hay diversión completa más que los sábados. El obrero suspende sus faenas el sábado por la tarde, y apenas cobra su jornal, se dirige con la rapidez del rayo a la taberna más próxima y antes de que la cierran ha bebido lo bastante para estar sin sentido hasta el lunes por la mañana en que ha de reanudar sus faenas. El deseo de embriagarse es tan concentrado, que si fuera posible reprimir la importación y la fabricación nacional de bebidas alcohólicas, cada ciudadano tendría en su casa un pequeño alambique para fabricar alcohol por su cuenta y riesgo. El finlandés es muy ingenioso, y muy paciencioso y sobre todo muy hábil para las manipulaciones que tienen una aplicación práctica; el campesino más ignorante sabe componer un aparato para destilar alcohol y a pesar de su respeto a la ley, sabe burlar la ley, si la ley no le deja el camino expedito para satisfacer su pasión predominante.

Comparados con el deporte alcohólico, todos los demás deportes o sports finlandeses pierden su importancia; sus juegos musculares desprovistos de gracia, son ejercicios tan seriamente practicados que pierden sus atractivos, si por acaso los tienen.

Natación, regatas, ciclismo, patinación y equi-

tación, todo esto es cultivado a modo de ampliación de la gimnasia. Mucho más poético es el baño, seguido de una sesión de masaje o sobeo científico; porque por este sistema se consigue fortalecer la musculatura, sin necesidad de incomodarse; suda uno la gota gorda, es verdad, pero la suda sin moverse y con tanto gusto que a veces ocurre quedarse dormido en la operación, soñando como deben de soñar los niños de teta.

Y ya que he hablado de patinación, voy a dar a conocer en España un género de patinación nuevo y curioso, que podrá ser practicado en Granada, si llega a cuajar mi proyecto de «Finlandia andaluza». La nueva patinación es muy popular en el Norte de Finlandia y en Ulcabog, ciudad importante en lo alto del golfo de Botnia, hay todos los años carreras de velocidad que despiertan gran interés. Aquí ha llegado también la moda y los patinadores se aprestan a cambiar los antiguos patines de hierro por los modernos de madera. Estos tienen dos, tres y hasta cuatro metros de largo, y quedan sujetos a los pies por una abrazadera, colocada hacia el centro. Figurémonos un hombre de pie, con sus dos extremidades inferiores apoyadas sobre dos largos rails móviles, como un tren humano, que va a ponerse en marcha; ya no hay más que empujar para que los rails corran sobre la nieve; para dar impulso lleva el hombre-locomóvil dos largos bastoncillos, cuya contera está provista de una rodaja con objeto de que no se claven demasiado en el suelo; inclínase hacia adelante y como si fuera a remar, empuja con ambos bastoncillos a